

Poesía sin fronteras

Fabio Jurado Valencia (comp.)

México en la poesía colombiana. Posadas

Unibiblos/Universidad Nacional de Colombia/Universidad Nacional Autónoma de México, Bogotá, 2002, 173 págs.

Arturo Cantú /

En este libro los poetas de Colombia, o sus poemas, se relacionan con poetas de México, o con pintores, lugares, cosas y modos de ser mexicanos. La poesía viene a ser el punto de unión entre nacionalidades, unión que a veces va más allá de los dos países que patrocinan, a través de sus universidades nacionales, el libro. El primer encuentro data del siglo XVII, y reúne a Francisco Álvarez del Castillo, que se dirige en poemas festivos e ingeniosos a Sor Juana como un enamorado que buscara sus favores, aunque sus requiebros van ciertamente más allá de lo meramente amoroso y prefiguran de alguna manera una patria común más allá de las circunscripciones de México y Santa Fe de Bogotá. Dice en uno de los poemas dirigidos a la monja:

*Por ti verán ya...
Que también estas partes
alcanzan los vergeles
del Parnaso y que muchos
dicen que está en tu celda su Hipocrene.*

“Estas partes” significa las Indias, desde luego; “Hipocrene”, la fuente que Pegaso hizo brotar del Helicón, monte consagrado a las musas, y cuya agua “favorecía la inspiración poética”. Versos más adelante Álvarez

de Velasco, llevado por la comunión de la poesía, se anticipa a la anfictionía de Bolívar:

*...si sé que por mi suerte
a dicha llena puedo
decir que soy tu paisano...*

Hay una patria de Indias antes de que exista la patria de Latinoamérica, una patria derivada del fulgor de Sor Juana, que Álvarez del Castillo pondera con liberalidad:

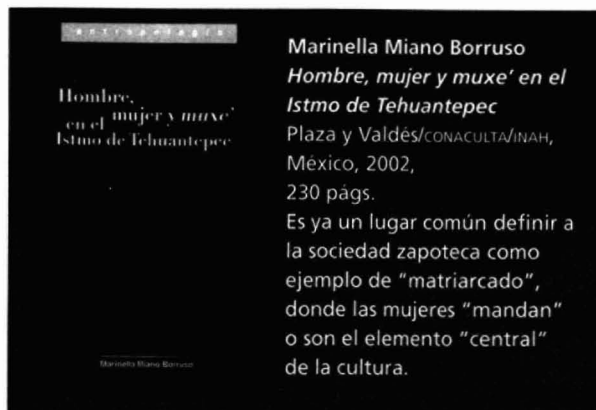


Josu Landa

Zarandona

Euskal Etxea, México, 1999,
174 págs.

Esta es la primera novela moderna de la diáspora vasca, iniciada en 1937 a causa del franquismo. Con un lenguaje poético y variados recursos narrativos, este libro revela la vida, pasiones y agonía de un vasco en la Orinoquia.



Marinella Miano Borruso

Hombre, mujer y muxé' en el Istmo de Tehuantepec

Plaza y Valdés/CONACULTA/INAH,
México, 2002,
230 págs.

Es ya un lugar común definir a la sociedad zapoteca como ejemplo de "matriarcado", donde las mujeres "mandan" o son el elemento "central" de la cultura.

Nísida en cuya celda las más ínclitas
estrellas sirven de oficiosas lámparas.

Porfirio Barba-Jacob (Miguel Ángel Osorio), antes Ricardo Arenales y Maín Ximénez, está representado por un poema compuesto a la muerte de López Velarde, "Canción de la noche diamantina", por la "Elegía de Sayula", "Futuro", y "Sueños de Acapulco". "¡México es tierra de elección!", dice, seguramente con algunas copas, en la "Elegía". La antología no lo relaciona con González Martínez, aunque fueron grandes amigos y en algún poema hasta puede rastrearse algo del tono de los senderos ocultos. Pero fue, desde el principio, más alto poeta que el mexicano.

Germán Pardo García, en el fragmento de *Un hombre del pueblo*, incluido en la antología, alude también a la gran patria común: "Al pie de ese gran 'Árbol de la Noche Triste' / que todos los hombres de América / llevamos sin saberlo en el alma". Al igual que Laura Victoria (Gertrudis Peñuela), amiga de Barba-Jacob, que vivió también un tiempo en México: "Tu verdad altiva / de patria universal". Y ella misma, al despedirse, como parafraseando a López Velarde en *La suave patria*: "Tuya es la fe, el cielo que te cubre, / el relámpago, el oro de tus minas, / el petróleo que brota de tu suelo".

Hay varias alusiones al tequila; y dos menciones muy concretas las de León de Greiff y Álvaro Mutis. De Greiff lo encomia como una bebida mesurada: "Y yo tequila / bebo también, que México destila / (clara la mente, el ánimo tranquila.", y Mutis le atribuye propiedades reconfortantes en su poema "Ponderación y signo del tequila", que empieza: "El tequila es una pálida llama que atraviesa los muros / y vuela sobre los tejados como alivio a la desesperanza", y que termina: "Ala-

bado sea, pues, hasta el final de nuestros días / y alabada su cotidiana diligencia para negar ese término".

En un texto de Jorge Zalamea, que hace las veces de prólogo al libro, está el mayor elogio de México: "El pintor y el poeta, el orfebre y el arquitecto, el alfarero y el músico, el tejedor y el bailarín, el dramaturgo y el ensayista dieron a México el primer lugar entre las naciones de América por razones de arte y de inteligencia. Todo aquí se confabula para crear el hogar de la alegría, la casa de la belleza". Aunque percibe también un acre fatalismo en lo indio, una visión del mundo demasiado fincada en la muerte.

William Ospina, por el contrario, tal vez a partir de una lectura atenta de los textos de Rulfo, cree que "en ninguna región del planeta están tan vivos los / muertos" como en México, e imagina que "cada pecho es tumba de sus mayores" y "el que mata es sepulcro de los que mata". Felipe Agudelo, por su parte, en el poema titulado "Altar", quiere entender en la misma forma la costumbre del Día de Muertos, en el que se llevan ofrendas a las tumbas de los deudos ya fallecidos:

Volverán por el olor de la flores,
por el sabor de las frutas,
por los humos del cigarro.
Volverán por un trago o por la música.

Y termina, siempre en un ánimo conjetural:

Vendrán de visita por su amor a la carne.
Revolotearán cerca de los altares encendidos. ☞